

# BIEN POR ATHLETIC!

CINE

## una enorme tristeza



CARVIS

Bien por su  
colorido, por  
su diseño, su  
elegancia y  
por la  
increíble  
elasticidad de  
su tejido.

QUE BIEN  
ESTARA  
EN SU

# ATHLETIC!

fabricado por FILLAT, S.A.



EN la cartelera madrileña de estrenos se proyectan «Ciudadano Kane» y «Campanadas a medianoche»: un punto de partida y un punto de llegada; la primera y la última —hasta el momento— obra de Orson Welles. Veinticinco años de distancia separan ambos films. Parecía difícil superar la maestría de «Kane»: Welles lo ha conseguido con «Campanadas». No pretendo decir que «Campanadas» sea su «mejor» film; en realidad, cada nueva película de Orson Welles parece su obra más conseguida. A partir de «Kane», obra maestra indiscutible, el gran realizador americano ha ido depurándose y profundizando en una serie de líneas básicas establecidas en su primera obra cinematográfica. Alguien pudo pensar que tras el extraordinario hallazgo de «Ciudadano Kane» poco podía decirnos de nuevo Welles. Tal criterio se apoyaría en que Welles realizó ese film a los veinticinco años. Pero el talento de un genio —y aceptemos que Welles lo es— no se agota en una primera obra: a los veintiséis años Dickens escribía «Pickwick» y Dostoiewski «Pobres gentes»...

A lo largo de la obra de Welles se debaten una serie de temas que continuamente van enriqueciéndose y profundizándose: todos ellos se encuentran magistralmente expuestos en «Ciudadano Kane». La corrupción del poder, la amistad frustrada por esa misma asunción del poder corrupto, el fracaso de las relaciones sentimentales... Un personaje parece ser el predilecto de Welles: el hombre todopoderoso, monstruo de maldad —Kane, Arkadín, Quinlan— que acaba derrumbándose estrepitosamente mientras la «virtud», encarnada en un hombre honesto pero mediocre —Leland, Van Stratten, Vargas— triunfa. Pero no hay el menor esquematismo en este proceso. Welles se identifica sentimentalmente con ese personaje, encarnación del mal, aunque ideológicamente lo rechace. Su identificación llega hasta el extremo de incorporar el mismo como actor esos personajes que acabarán derrumbándose estrepitosamente al final de la película.

Una película como «Campanadas a medianoche» resulta clave para el conocimiento de la obra de Welles. Como digo, toda su temática está aquí presente, pero decantada, depurada, estilizada. El personaje de Falstaff —también interpretado por Welles— es uno de los más sugestivos del autor americano. Llega un momento en que no se puede separar la concepción del personaje y la actitud del hombre-Welles. Esa tristeza que se desprende de «Campanadas a medianoche» y que más de un crítico ha señalado ya, es, efectivamente, la característica más acusada del film. Las primeras imágenes nos dan la clave de este itinerario desencantado: en un paisaje áspero, a medias cubierto por la nieve, Falstaff y un vejete chillón caminan hasta un albergue; los dos personajes se sientan junto al fuego; el vejete comenta: «Señor, señor, qué cosas hemos visto». A partir de aquí se nos cuenta la amistad del viejo y gordo Falstaff con el joven príncipe de Gales, hasta el momento en que éste sube al trono al producirse la muerte de su padre, Enrique IV. Convertido en monarca, rechaza la amistad de su antiguo amigo. Falstaff, entonces, no puede soportar esta actitud y muere. La película terminará con el traslado del enorme ataúd en el que reposa la poderosa humanidad de Falstaff.

Welles se vuelve sobre su obra y la comenta. Cada imagen, cada escena, cada diálogo de «Campanadas a medianoche» tiene una doble significación: en primer lugar, como profundización de cualquiera de los temas wellesianos; en segundo lugar, como resumen de todos esos temas, como mirada pesimista hacia el porvenir.

Sin renunciar a la brillantez que ha caracterizado a todas sus películas, en esta última se advierte una mayor serenidad, un menor barroquismo. «Campanadas a medianoche» es la película más simple, más sencilla de Orson Welles. A lo largo de todo el film pesa ese tinte de tristeza, de nostalgia. El autor parece que ha querido renunciar al énfasis para contar esta historia en la que el gordo Falstaff va sufriendo hasta quedar solo y morir.

Es ésta la segunda vez que Orson Welles rueda una película suya enteramente en España —aunque en este caso se pueda hablar de que efectivamente el rodaje en nuestro país ha sido total, ya que en la anterior ocasión, «Mr. Arkadín», Welles recorrió varios países para emplazar su cámara—. La utilización del paisaje español para ambientar esta historia que transcurre en la Inglaterra shakespeariana es excelente: asombroso el uso de los exteriores naturales —esas murallas de Avila enfrente de la posada de la Rutherford!— y de los decorados.

¿Qué puede hacer Welles después de «Campanadas a medianoche»? Nadie puede saberlo, excepto él mismo. Posiblemente nos hiciéramos la misma pregunta tras la proyección de «El Proceso». Sin embargo, en este caso, parece que el carácter de film-testamento de «Campanadas» pudiera inducirnos a pensar que Welles ha llegado a un momento crítico de su carrera. Esa misma tristeza que traspausa todo el film pudiera ser otro síntoma de declive. Sin embargo, pienso que por el contrario esos factores indican la absoluta madurez de esta obra welliesiana, la clásica serenidad de un estilo que, nuevamente, nos ha ofrecido una obra maestra, otra más en la carrera de este extraordinario creador.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS